

## La flor de Ishtar

Se hizo el silencio en la habitación. La diosa reina Jeh había dado a luz al heredero del gran dios Mazda y debían rendir pleitesía al noble príncipe. El orgulloso padre estaba esperando a que las comadronas limpiaran al bebé y dieran el visto bueno para acercarse a él. Sin embargo, un agudo chillido rasgó la atmósfera expectante. Una sombra oscura rodeaba al niño. Un halo tan terrible que no dejaba dudas de lo que sería.

El rey de los dioses se giró furioso hacia la que era su esposa mientras ella aún se recuperaba y le gritó:

—¡Mujer, has concebido un dios de la oscuridad! ¡Has traído la desgracia sobre todos nosotros! —cogió uno de los ázames rituales y se dirigió al bebé indefenso mientras el resto de la corte miraba en silencio el transcurso de los hechos—. No permitiré que un monstruo como este viva en mis dominios —levantó la daga y la descargó.

La sombra siniestra que rodeaba al niño se extendió y evitó que la hoja penetrara la débil carne. Por mucho que lo intentó, no logró ni una sola vez dañar al bebé. Finalmente, se dio por vencido. Soltó el cuchillo que cayó al suelo con un espantoso estruendo, se giró hacia la mujer y con una voz potente, proclamó:

—Mujer, has sido tú la que ha causado todo esto. Por lo tanto, serás tú la que cargue con las consecuencias —puso su mejor voz de juez, jurado y verdugo—. Yo te condeno al exilio, serás la guardiana de esa abominable bestia que has parido por toda la eternidad y, cuando llegue el día, tú misma lo ajusticiarás.

La diosa reina estaba demasiado débil para defenderse así que no fue capaz de presentar mucha resistencia a la injusta sentencia. Los soldados de su esposo la echaron del palacio con su vástago entre los brazos con la esperanza de que no sobrevivieran. Si lo hacían, iban a tener una vida muy dura.

\*\*\*

Estaba huyendo de nuevo. Me ocultaba de mi madre. Hoy es mi cumpleaños y digamos que no es el mejor día del año. Siempre me ha culpado de que los otros dioses la echaran a la calle «como un perro». No lo entendía. No había hecho nada malo. Solo era culpable de nacer. Al principio no fue tal malo, por lo menos hasta que tuve ocho años. Mamá seguía pensando que mi padre cambiaría de opinión y vendría a buscarnos. Al fin y al cabo, éramos su familia. Sin embargo, todo eso cambió cuando se casó de nuevo con otra diosa. Cuando mamá se enteró, se volvió loca y, desde entonces, mi vida ha sido un infierno.

Me colé por el hueco de una muralla. Creí que ella lo pasaría por alto pero todos mis pensamientos se volatilizaron en cuanto vi lo que las paredes guardaban. Un jardín, pero no uno cualquiera. No sé bien cómo describirlo, solo se me ocurre una palabra: impresionante. No era muy grande, podía ver el final desde donde estaba, y con un estilo innovador. Estaba distribuido en seis pentágonos perfectos con un árbol frutal en cada centro, un naranjo, un olivo, una palma, una higuera, un cerezo y un manzano. Todos floridos. Los colores, los aromas... aquello era asombroso, tanto así que me dejó sin palabras. También había arbustos por todas partes. Aquel sitio me llenó de un regocijo que no entendí ni me planteé. Supongo que era demasiado joven para hacerlo. Lo único que pensé fue que allí me podía esconder con facilidad y que nadie me encontraría, que allí estaría protegido y a salvo.

Y, de hecho, fue lo que hice. Me quedé en el jardín toda la tarde, aspirando las esencias que flotaban en el aire y sintiéndome en paz de una manera en la que no estaba acostumbrado. Creo que me quedé algo traspuesto porque me asusté cuando una manita muy pequeña en comparación con la mía me tocó el hombro. Reaccioné instintivamente, me alejé de ella y me cubrí la cabeza con los brazos pero al no sentir ningún dolor, abrí los ojos una rendija para ver qué estaba pasando. Delante de mí había una criatura exquisita, de piel oscura como el cabello y los ojos. Me miraba con... ¿preocupación?. No podía estar seguro, me parece que nadie me había mirado así antes pero lo había visto en otras personas por eso creía que lo había identificado. Sin embargo, ¿por qué una extraña (por muy pequeña que fuera) se iba a preocupar por mí?

—¿Qué ocurre? ¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó con una voz decididamente infantil que hizo que me sintiera conmovido.

—No —respondí mientras bebía de su imagen. Pensé que, tal vez, fuera un hada. Ahora sé que no, pero, en su momento, de verdad lo creí. Parecía tan etérea, tan delicada y frágil, y yo me sentí fascinado por ella. La primera vez en toda mi vida que alguien me trataba con amabilidad. Aquello era maravilloso.

Y no quería que se terminara.

—¿Quieres jugar conmigo? —preguntó. Y se acercó para ayudarme a levantarme.

Si el jardín había hecho que contuviera el aliento, esta muchachita casi logra que me asfixiara. Poseía una gracia, una elegancia y una dignidad que habría hecho que muchas diosas se murieran de envidia, estaba seguro.

Me enamoré.

Me enamoré de ella a primera vista, sin decirme su nombre siquiera. Solo sabía que esa niña que algún día se convertiría en mujer sería la que podría curarme las heridas que tenía en el corazón.

Crecimos. Yo iba al jardín tanto como podía pero lo mantenía en secreto. Sabía que no sería bueno para ella si alguien me descubriera allí. Después de todo, yo solo era un maldito dios de la oscuridad. Sin embargo, lo que no sabía era que Ishtar también me había estado escondiendo cosas. Nunca me dijo que era una diosa por derecho propio, de hecho, era la más importante del panteón. Mi padre había despachado a su segunda esposa y la perseguía a ella para que gobernaran juntos.

El único que sabía de nosotros era el viejo padre Camus.

Ese hombre era un sacerdote que, por su sabiduría, los dioses le habían concedido la vida eterna y se había convertido en el tutor de Ishtar. Jugaba con nosotros, nos enseñaba y nos reprendía si hacíamos algo malo. Me curaba cuando mi madre había perdido la cabeza y trataba de hacer que me sintiera mejor.

Se convirtió en el único amigo que he tenido.

Una noche, mi madre se había puesto más agresiva de la cuenta (yo me defendí pero nunca llegué a atacarla. No podía, a pesar de todo, la quería) y me escapé. No sabía adónde ir así que mis pies se movieron solos y me llevaron al jardín. Ishtar estaba allí, con el pelo recogido en una trenza larguísima, decorada con flores y una peineta hecha de oro y rubíes que fulguraban como el fuego. Cuando me vio, puso el grito en el cielo.

—Ahriman, por los dioses. ¿Qué ha pasado?

Tampoco respondí aquella vez. Me daba mucha vergüenza que lo supiera. Ahora que ya ha pasado todo, me he dado cuenta que eso era una tontería. Ella no me iba a dejar de querer porque se enterara pero a mí me daba pánico y lo único que pude hacer fue desviar la mirada a un lado lleno de remordimientos por no poder confiar en Ishtar del todo.

La oí suspirar llena de frustración antes de cogerme delicadamente la mano y guiarme hasta uno de los bancos.

Me sentía incómodo así que traté de romper el silencio mientras ella me curaba.

—No creí que estuvieras a estas horas en el jardín.

—Hoy es un día especial —me respondió.

—¿Por qué? —sentía curiosidad.

—Si te quedas esta noche, lo verás —sonrió.

—Qué guapa... —se me escapó y su sonrisa se hizo más ancha.

Sentí un calor extraño en la cara y aparté la mirada. ¿De verdad me estaba ruborizando?

—Ahriman... —me puso la mano debajo de la barbilla y me obligó a que la mirara de nuevo—. Tú también me pareces muy guapo.

—¿De verdad? —me extrañó. Nunca me había tenido por un tipo atractivo.

—Sí. Sabes que yo nunca te mentiría.

Antes de que pudiera contestar, llamaron a la puerta del jardín. Sentí que me invadía el pánico y que no me podía mover. Ishtar, por su parte, lanzó un gruñido que, a pesar del miedo, me pareció adorable y me dijo:

—Si no quieres que te descubran conmigo, puedes ocultarte en mi habitación. Es por esa puerta —señaló una cortina—, a la derecha.

Asentí y me marché lo más rápido que pude. Sin embargo, me di media vuelta para volver con ella. No quería que pensara que me avergonzaba de ella o algo por el estilo pero cuando alcancé el cortinón, oí una voz que me dejó helado.

—Al final cederás, Ishtar, y serás mi esposa.

—Ya. Para que juegues conmigo y cuando te canses de mí, me abandones con una excusa tonta como hiciste con tus dos primeras mujeres. La respuesta sigue siendo la misma, Mazda. No me interesa lo que tengas que ofrecerme. Y, ahora, márchate. No eres bienvenido en mi hogar.

—Algún día... —no pude oír nada más. ¿Qué estaba pasando allí? ¿La mujer que amaba era la prometida de mi padre?

¡No! No lo iba a permitir.

Sin pensar en lo que hacía, salí de mi escondite con la intención de enfrentarme a Mazda por primera vez en mi patética vida pero, por desgracia, ya no estaba allí. Se había marchado mientras procesaba el sentido de la conversación.

—¿Lo has oído? —inquirió Ishtar en un susurro y yo solo pude asentir—. Lo siento. No quería que te enteraras —la miré. Parecía derrotada.

—¿Por qué?

No sabía exactamente lo que le estaba preguntando. ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Por qué no quería que yo lo supiera? ¿Por qué Mazda estaba tan empeñado en casarse con ella?. Había tantas preguntas bullendo en mi interior que no sabía cómo expresarlas pero, como siempre, Ishtar supo lo que tenía que responderme.

—Soy una diosa, Ahriman. La diosa del amor y de la guerra para ser más exactos —suspiró mientras se dejaba caer en el banco que habíamos ocupado antes de que nos interrumpieran—. No te lo había dicho porque no quería que me odiaras por pertenecer al mismo panteón que te había expulsado —me miró fijamente con ojos acuosos—. La primera vez que te vi, cuando te colaste por

laslagrimasdeleah.blogspot.com

la brecha del muro, creí que venías a buscar pelea. Acababan de nombrarme sucesora de uno de los linajes más antiguos de nuestra tierra. Pero cuando te vi ahí, temblando como una hoja, supe que no eras como nos habían hecho creer. Solo eras un muchacho joven e inexperto con miedo al mundo que lo había rechazado así que me dije a mí misma que yo no caería en los mismos errores que el resto, que yo te conocería y que sería tu amiga...

—¿Toda nuestra relación ha sido por lástima? —pregunté con un nudo en la garganta. Si era así; entonces, ¿dónde me dejaba eso a mí?

—¡No, por supuesto que no! —guardó silencio antes de admitir—. Bueno, puede que al principio. ¡Pero te juro que solo fue el primer día! Después, no. Me demostraste lo fuerte que eras día tras día porque, a pesar de las humillaciones, las palizas, las intolerancias y el ostracismo por algo de lo que no tenías la culpa, no te dejaste llevar por la oscuridad de tu naturaleza. Jamás podría haberme enamorado de ti si te tuviera lástima.

—¿Qué?

—Te quiero, Ahriman, como nunca pensé que podría querer a nadie.

—Entonces, cástate conmigo.

—¿Qué? —repitió ella.

—Cástate conmigo —me puse de rodillas allí mismo y se lo supliqué—. Si me quieres aunque sea la mitad de lo que yo te amo a ti, sé mi esposa, por favor.

De repente, ella se echó a llorar. Creí que había hecho algo mal o que la había mal interpretado de alguna manera y la había ofendido pero Ishtar me rodeó el cuello con los brazos y me abrazó tan fuerte que acabamos riéndonos en el suelo. Ella me besó por toda la cara mientras me gritaba que sí, que se casaría conmigo.

Me sentí el hombre más feliz de la tierra hasta que una voz que había aprendido a odiar con el paso de los años nos volvió a interrumpir.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —comentó con desagrado.

Alcé la cabeza para ver a Mazda rodeado por los tres dioses de la justicia, Rashnu, Mitra y

Sraosha. El odio que veía en la mirada de mi padre era algo que no comprendía. Yo no le había hecho nada.

—Un vagabundo está tratando de llevarse a mi futura esposa —arrastró las palabras.

Ishtar se levantó de encima de mí y se enfrentó a Mazda con un coraje que yo jamás había sentido.

—No me voy a casar contigo nunca. Desde hoy, esta noche especial, hago un llamamiento al dios primigenio, me presento ante él con una humilde petición. Deseo a Ahriman como compañero de vida y declaro que es mi intención escribirlo en las estrellas.

Contuve el aliento estupefacto mientras que los otros dioses nos miraban horrorizados. Ishtar, la diosa principal del panteón persa, acababa de comprometerse públicamente conmigo, un dios de la oscuridad. Aquello no tenía precedentes.

Aquello no lo iban a permitir.

Me levanté del suelo a tiempo de crear una barrera protectora para Ishtar. Mazda llamó al resto de dioses para que nos mataran. Los dioses de la justicia estaban con él así que no pensaron que aquello estuviera mal.

La batalla duró lo que me parecieron siglos. Nos caían lluvias y ráfagas de poder por todas partes. Trataban de alcanzarnos, dañarnos, aniquilarnos. Por una vez, tuve miedo por otra persona. Por Ishtar. Ella no se merecía nada de esto. Todo era culpa mía.

Luché con ahínco. Sé que derroté a varios, entre ellos, a Rashnu y a Mitra. Ishtar se encargó ella sola de otros tantos dioses menores casi sin esfuerzo.

Me pareció tan hermosa...

Y, en ese momento, me distraje. Cosa que Sraosha aprovechó y me clavó un puñal bañado en sangre de cierva dorada en el costado. Me derrumbé en el suelo jadeando. Creí que había llegado mi final, cerré los ojos como el cobarde que era y esperé. Esperé, esperé y esperé pero el dolor no llegó. Abrí las pestañas para ver al último dios de la justicia que quedaba en pie sujetarse el pecho quemado. Ishtar le había lanzado tal descarga astral que lo había atravesado, causándole una muerte

lenta y dolorosa.

Pero esa acción fue lo que causó su fin.

Por mi culpa, de nuevo. Mazda abrió una brecha en su escudo y le posó una mano en el corazón mientras le agarraba el pelo con la otra. Se inclinó y le susurró algo que hizo que Ishtar abriera los ojos pero que, por desgracia, no fui capaz de oír.

—Adiós.

Recuerdo que grité y me lancé hacia delante, tratando de detenerlo aunque supiera que iba a ser imposible.

Mazda utilizó la misma clase de descarga que Ishtar había usado con Sraosha y se rió mientras ponía fin a mis esperanzas de un futuro mejor.

Cuando la alcancé, ella me sonrió y me susurró que me amaba antes de cerrar los ojos para siempre.

Me giré a mi padre y le grité:

—¡Por qué! ¡Yo jamás te he hecho nada! Nunca me he metido contigo a pesar de que razones no me faltan. ¡Y, ahora, te atreves a quitarme lo único que he querido nunca!

—Tú sabes por qué, Ahriman. No podíamos permitir que la diosa del amor y la guerra diera a luz frutos de un matrimonio con alguien como tú, engendro. Si te hubieras apartado de ella como muy bien sabías que tenías que hacer, esto no habría pasado.

Me cegó la rabia. Lo vi todo rojo. Él la había matado. Él era el malo en todo esto y ¿aún tenía el descaro de lavarse las manos?

No. Hasta ahí habíamos llegado.

Invoqué al caos primordial, a todo el horror y la gloria que residían en la oscuridad y lo descargué contra Mazda con todo el dolor y la furia de mi corazón. Él ya no haría daño a nadie más solo para salvar su pequeño imperio porque, reconozcámoslo, esto no tenía nada que ver conmigo. Todo esto se debía a que no quería dejar el poder. No quería que nadie le arrebatara su puesto como rey de los dioses.

Una luz brillante como las estrellas del firmamento lo cubrió todo y resonó una voz vacía que cubrió a los vivos y a los muertos por igual:

*Tu tiempo ha terminado, Ashiryu Mazda, larga vida al nuevo rey.*

Y cuando, por fin, pude volver a ver, delante de mí apareció el antiguo señor de los dioses convertido en una estatua de piedra con una mueca horrorizada en la cara. El jardín, que había sido destrozado durante la refriega, estaba intacto de nuevo y los dioses habían desaparecido después de hacerme una sentida reverencia.

Me acerqué a Ishtar, que seguía tumbada donde la había dejado. Roto por el dolor y le acaricié la cara.

—Mi salvación... si te vas, ya no tengo salvación, Ishtar. Me perderé en la oscuridad. Te necesito.

Lo sabía. Siempre lo había sabido. Sin ella, no lo lograría.

Hice lo que nunca antes había hecho, lloré. Aquella noche lloré más que en toda mi vida junta. Sentí que no sería capaz de detenerme jamás.

No me di cuenta de que un pequeño rayo de luz había bajado danzando de una de las estrellas y se había posado en una flor en la que, hasta entonces, no había reparado. No fue porque la estuviera mirando, mis ojos no se apartaron ni un solo momento de mi amada, sino porque pude oler su aroma...

El aroma de Ishtar.

Me sorprendí cuando, finalmente, vi cuál era. En un principio, había pensado que era poco más que una mala hierba de color negro. No obstante, ahora, que podía verla en todo su esplendor, supe por qué la había elegido mi diosa. Cuando la flor se abría era blanca como las nubes pero, pocos segundos después, cambiaba de color. Se tornaba de un púrpura profundo que hacía que pareciera sobrenatural.

Sonreí tristemente.

Corté la flor con delicadeza y se la puse a Ishtar entre las manos. Aquello era lo que había

querido enseñarme. Estaba seguro.

Me incliné y le di un casto beso en los labios.

—Esta flor es la vionelia, ¿verdad? —sabía que no me iba a contestar—. Tenías razón. Es preciosa —recordaba que me había hablado de ella una vez cuando le pregunté por su perfume.

—Me... recuerda... a ti —susurró una voz rasposa.

Casi tenía miedo a preguntar:

—¿Ishtar?

—La verdadera belleza... se encuentra en... su interior. Como... la tuya, mi amor —sonrió.

\*\*\*

—¿Y qué pasó entonces, papi? —preguntó mi pequeña Arishna.

Sonreí, me incliné a darle un beso en la frente mientras la arropaba con la manta.

—Que mamá y yo nos casamos, tuvimos a tu hermano mayor y, luego, a ti y fuimos felices para siempre.

Miré a mi esposa que me esperaba apoyada en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y con una sonrisa en los labios.

El corazón volvió a darme ese salto que hacía cada vez que la miraba. Alcé los ojos y se lo agradecí al dios primigenio porque sí, había conseguido mi final feliz.